

ciudad ó de los enfermos, tomaron las armas, reuniendo un ejército de doscientos cincuenta ballesteros, ciento y diez arcabuces, diez y seis caballos y veinte oficiales. Se dió el mando general de las fuerzas á Pedro Margarite, en quien Colon tenia grande confianza; por ser caballero noble y del orden de Santiago. Alonso de Ojeda debía conducir la huerte á la fortaleza de Santo Tomás, donde sucedería en el mando á Margarite, y este con el cuerpo de ejército recorrería en un paseo militar la provincia de Cibao y el resto de la isla.

Colon escribió una seria y larga carta de instrucciones á Margarite, por las que debía gobernarse en un servicio que tanta circunspeccion demandaba. Le previno sobre todo que observase la mas imparcial justicia y discrecion respecto á los indios, defendiéndolos de todo insulto é injuria, y tratándolos de modo que añanzase su amistad y confianza. Al mismo tiempo debian los indios respetar la propiedad de los blancos, castigándose con severidad el robo. Las provisiones que se necesitaban para el mantenimiento del ejército, debian comprarse equitativamente por personas designadas por el Almirante; haciéndose las compras en presencia del agente del contador. Si los indios rehusaban vender provisiones, debía Margarite obligarlos á ello, obrando empero con la suavidad posible, y mitigando el vigor de la fuerza con bondad y caricias. No se permitiría tráfico alguno entre los indios y los individuos particulares, siendo esto desagradable á los soberanos y perjudicial al servicio; y habia siempre de tenerse presente, cuanto mas deseosos estaban sus magestades de la conversion de los indios, que de las riquezas que se podian sacar de su comercio.

Debía mantenerse una rigurosa disciplina en el ejército, y castigar severamente todo desorden, no permitiendo que sola ni en pequeñas partidas se separase persona alguna del resto del ejército, espionándose á que las apartasen de él los indios; pues aunque se habia observado que eran aquellas gentes pusilánimes, nadie es mas inclinado á la crueldad y á la perfidia que los cobardes, que rara vez perdonan la vida de un enemigo que ha caído en su poder.

Estas juiciosas instrucciones, que, observadas, hubieran conservado un amistoso trato con los naturales, merecen particular noticia, porque Margarite las desobedeció todas, atrayendo disturbios á la colonia, maldiciones á su patria, destruccion sobre los indios, é inmerecida censura para Colon.

Ademas de las anteriores órdenes, habia otras disponiendo el modo de prender y asegurar las personas de Caonabo y sus hermanos. El carácter marcial de aquel caudillo, su artificiosa política, estenso poder y enemistad implacable, le hacian peligroso. Las medidas propuestas no eran las mas francas ni caballerías; pero Colon se creía justificado en oponer estratagemas á estratagemas con antagonista tan sutil y sangriento.

El 9 de abril salió Alonso de Ojeda de Isabela, á la cabeza de cerca de cuatrocientos hombres. Al llegar al rio del Oro, en la Vega Real, supo que tres españoles que venian del fuerte, habian sido robados de sus efectos por cinco indios, que les dió un cacique de las inmediaciones, para que los ayudasen á vadear el rio; y que el cacique, lejos de castigar á los ladrones, los habia protegido, y compartido el botin. Ojeda era vivo é impetuoso soldado, cuyas ideas de legislación se limitaban á la de especie militar. Habiéndose apoderado de uno de los ladrones, mandó que por sumaria justicia le cortasen las orejas acto continuo en la plaza pública del lugar, aseguró despues al cacique, á su sobrino y su hijo, y los mandó cargados de cadenas al Almirante. Esto hecho, continuó su camino hácia la fortaleza.

Llegaron entre tanto los prisioneros á Isabela muy

abatidos. Los acompañaba un cacique de los alrededores, que, confiado en los méritos de varios actos de bondad manifestada á los españoles, venia á pedir por sus paisanos. Fue su intercesion en vano. Colon conocia cuán importante era aterrar á los indios con respecto á la propiedad de los blancos. Mandó en consecuencia que se llevasen los prisioneros á la plaza pública, con las manos atadas á la espalda; que proclamase el pregonero su crimen y castigo, y se les cortase la cabeza. Ni era esta pena desproporcionada á las ideas indias de justicia, pues se supone que tenían en tal aborrecimiento el latrocinio, que, aunque en lo demas no eran sangrientas sus leyes, empalaban al que le cometia. No es probable, empero, que Colon quisiese llevar á cabo la sentencia. En el lugar de la ejecucion las plegarias y lágrimas del amistoso cacique se redoblaron, saliendo él responsable de que no se repitiera la ofensa. El Almirante hizo al fin mérito de ceder á su súplica, y mandó soltar los prisioneros. A este mismo instante llegó un jinete de la fortaleza, que al pasar por el pueblo del cacique cautivo, habia encontrado cinco españoles en poder de los indios. La vista del caballo puso la multitud en fuga, aunque constaba de mas de cuatrocientos hombres. El caballero persiguió á los fugitivos, hiriendo á muchos con la lanza, y trayendo en triunfo á sus cinco compatriotas.

Convencido por este hecho, de que nada habia que temer de la hostilidad de aquellas gentes pusilánimes, en tanto que se obedecieran sus órdenes, y confiando en la distribucion que habia hecho de sus fuerzas, tanto para la tranquilidad de la colonia, como para la de la isla, se preparó Colon á continuar sus descubrimientos. Para dirigir en su ausencia los negocios públicos formó una junta, de que era presidente su hermano don Diego, y vocales el padre Boil, Pedro Fernandez Coronel, Alonso Sanchez Carvajal, y Juan de Lujan. Dejó en el puerto los dos buques mayores, por ser demasiado grandes para explorar costas y rios, y llevó consigo tres carabelas, la Niña ó Santa Clara, San Juan y la Cordera.

LIBRO VII.

CAPITULO PRIMERO.

VIAJE AL ESTREMO ORIENTAL DE CUBA.

(1493.)

COLON se dió á la vela con su flotilla el 24 de abril, y tomó el rumbo del Occidente. El plan de su expedicion era visitar de nuevo toda la costa de Cuba en el punto donde la habia dejado en el primer viaje, y explorar luego el lado del Sur. Como ya se ha dicho, suponía Colon que fuese aquel un continente y extremo oriental del Asia; en cuyo caso, siguiendo sus costas en la direccion dicha, debía arribar á Cathay y á los demas ricos y comerciales aunque semibárbaros paises, descritos por Mandeville y Marco Polo.

Despues de tocar á Monte-Christi, ancló el mismo dia en el desastroso puerto de la Navidad. Su objeto al visitar aquellos melancólicos lugares, era obtener una entrevista con Guacanagari, que sabia haber vuelto á su primera residencia. No podia persuadirse de la perfidia de aquel cacique; tan profunda impresion habian causado en su pecho las pasadas bondades: así confiaba en que una franca esplicacion borraría toda duda, restableciendo aquel amistoso comercio, que tan útil podria ser á los españoles en el estado de penuria y escasez en que se hallaban: Guacanagari, empero, mantuvo su conducta equívoca, ocultándose á la vista de los buques; y aunque

muchos de sus súbditos aseguraron á Colon que pronto le haria una visita, no creyó este deber detener su viaje por tan incierta promesa. Prosiguiendo su curso, á veces interrumpido por vientos contrarios, llegó el 29 al puerto de San Nicolás, desde donde vió el extremo de Cuba, á que habia dado en el precedente viaje el nombre Alfa y Omega; pero al que llamaban los naturales Bayatiquiri, y se conoce hoy con el nombre de punta Maysi. Habiendo atravesado el canal que tiene unas diez y ocho leguas de latitud, navegó Colon por la costa del Sur de Cuba como veinte leguas, y ancló en un puerto, al que por su dimension llamó Puerto-Grande; en el dia Guantanamo. La entrada era estrecha, circular y profunda; y el puerto se dilataba dentro como un hermoso lago, en el seno de un pais salvaje y montañoso, cubierto de árboles, algunos en fruto y otros en flor. No lejos de la costa habia dos chozas de caña; y varias hogueras que resplandecian en diversos puntos, daban señales de habitacion. Desembarcó, pues, el Almirante con algunos hombres armados y el intérprete indio Diego Colon, natural de la isla de Guanahani, y bautizado en España. Al llegar á las chozas las encontró desiertas, y los fuegos abandonados, sin que se viese un ente humano. Los indios habian todos huido á los bosques y montañas. La repentina llegada de los buques causó un terror pánico en todos los alrededores, é interrumpió los preparativos que se estaban haciendo para un banquete. Habia muchos peces utias y guanacos, unos colgados de los árboles, y otros asándose al fuego.

Los españoles, que hacia mucho estaban escasos de racion, se aprovecharon sin ceremonia de aquella opipara mesa, aparecida en el desierto. Se obtuvieron, empero, de tocar á los guanacos, que miraban aun con asco como una especie de serpiente, aunque los creian los naturales manjar tan delicado, que, segun Pedro Mártir, no participaba de ellos la gente ordinaria de aquel pais con mas abundancia que la de España de perdices y faisanes.

Despues de comer, mientras se paseaban los españoles por las cercanías, vieron sobre una elevada roca mas de sesenta indios, mirando hácia ellos con grandísimo pasmo y reverencia. Al querer aproximarse á su sitio, desaparecieron velozmente por entre los bosques y las montañas. Uno empero, mas atrevido ó mas curioso que los otros, se detuvo al borde del precipicio, mirando con tímida maravilla á los españoles, en parte animado por los señas que estos le hacian pero pronto á correr detras de sus compañeros si alguien se le aproximaba.

Diego Colon, el jóven lucayo, salió á hablarle de orden del Almirante. Las espresiones amistosas que oyó el admirado salvaje, pronunciadas en su misma lengua, no tardaron en ahuyentar sus temores. Salió á recibir al intérprete, y habiéndole este dicho, que las intenciones de los españoles eran buenas, se apresuró á comunicar la noticia á sus compañeros. Poco tiempo despues se vió á los indios descender de las alturas y salir de los bosques acercándose á los extranjeros con mucha gentileza y veneracion. Por medio del intérprete supo Colon que habian sido enviados á la costa por el cacique, en busca de pescado para un solemne banquete que iba á dar á uno de los caudillos vecinos, y que asaban el pescado para que no se desmejorase en el viaje. Parecian del mismo natural blando y pacifico que los naturales de Hayti. La devastacion que los hambrientos europeos habian causado en sus provisiones, no pareció apesadumbrarlos; porque decian, que una noche de pesca compensaría toda la pérdida. Pero Colon, con su acostumbrado espíritu de justicia, mandó que se le retribuyese ampliamente, y dándose las manos, se separaron ambas partes, mutuamente satisfechas.

Zarpó el Almirante de este puerto el primero de

mayo, y tomó el rumbo del Occidente costeano un pais montañoso, adornado de hermosos rios y lleno de cómodos puertos. Los naturales, hombres, mujeres y niños, contemplaban con admiracion los buques, que no lejos iban cortando las ondas. Levantaban por el aire frutas y provisiones, convidando á desembarcar á los españoles; otros venian á ellos en canoas, trayendo pan de casava, pescado y calabazas de agua, no para venderlas, sino por vía de ofrendas hechas á los extranjeros, á quienes, como de ordinario, creian bajados de los cielos. Colon distribuyó entre ellos algunos regalos, que fueron recibidos con transportes de alegría y gratitud. Despues de costear por algun tiempo, llegó á otro golfo, ó profunda bahía, de angosta entrada, dilatada por dentro y cercada de un rio y vistoso paisaje. Se levantaban desde la mismas aguas altísimas montañas por un lado, y muchas poblaciones indias alegraban la costa por el otro, teniendo las orillas del mar tan bien cultivadas que parecian huertas y jardines. En este puerto probablemente el mismo que hoy se llama Santiago de Cuba, ancló Colon, y pasó una noche agobiado, como solia, con la sencilla hospitalidad de los indios.

Cuando se preguntaba por oro á las gentes de esta costa, señalaban uniformemente al Sur, indicando que habia hácia allí una grande isla adonde era muy abundante. Colon habia recibido en el primer viaje noticia de la misma isla, que algunas de sus gentes pensaban fuese Babeque, objeto de tan ansiosa busca y quimérica esperanza. Habia sentido grande deseo de separarse de su rumbo para ir á buscarla, y este deseo crecia con cada nuevo informe. Al dia siguiente (el 3 de mayo), despues de tomar el rumbo de Occidente hasta un alto promontorio, viró al Sur, y abandonando la costa de Cuba, fue mar adentro en busca de la anunciada isla.

CAPITULO II.

DESCUBRIMIENTO DE JAMAICA.

(1493.)

No habia Colon navegado muchas leguas cuando se empezaron á descubrir en el horizonte las azuladas cumbres de las montañas de Jamaica. Tardó, sin embargo, dos dias y dos noches en llegar á la isla; admirando al acercarse su vasta estension, la belleza de sus montañas, la majestad de sus bosques, la fertilidad de sus valles, y el gran número de poblaciones que animaban todo el pais.

Al aproximarse mas á tierra, salieron á recibirle por lo menos sesenta canoas llenas de salvajes pintados y adornados con plumas. Se adelantaron en formacion guerrera, con grandes alaridos, y blandiendo lanzas de aguzada madera. La mediacion del intérprete, y varios regalos hechos á la tripulacion de una canoa, que se acercó á los bajeles mas que las otras, apaciguaron aquella iracunda escuadra, y la de Colon siguió pacificamente su rumbo. Ancló en un puerto casi al centro de la isla, al que por la belleza de la campiña que la rodeaba, dió el nombre de Santa Gloria y hoy lleva el de Santa Ana.

Apenas amaneció al otro dia levó anclas, y costeo occidentalmente en busca de algun puerto abrigado, en que carenar y calafatear su embarcacion, que hacia mucha agua. Despues de algunas leguas de navegacion, encontró uno á propósito para su objeto. Envió botes á sondear la entrada; pero fueron acometidos por dos grandes canoas llenas de indios, que salieron á impedir el desembarco, arrojándole lanzas, aunque desde tan lejos, que no alcanzaban á los españoles. No queriendo proceder á ningun acto de hostilidad que pudiese impedir en lo futuro un comercio amistoso, mandó Colon que volviesen los botes á bordo; y, viendo que habia cala bastante para su buque, entró y ancló en el puerto. Inmediatamen-

te se vió toda la costa cubierta de indios, pintados de varios colores, pero los mas de negros, vestidos en parte de hojas de palma, y con ciméras y coronas de plumas. Diferentes de los hospitalarios isleños de Cuba y Hayti, participaban estos del carácter marcial de los caribes, como lo manifestaron lanzando con fiera hostilidad misiles á los buques, y haciendo resonar las playas con sus alaridos y gritos de guerra.

Temió el Almirante que podrían equivocarse su discrecion con la cobardía. Le era forzoso carenar el buque y enviar la gente á tierra por agua; pero antes era preciso aterrar á los salvajes, para impedir toda molestia sucesiva. Como las carabelas no podían acercarse lo bastante adonde los indios estaban, despachó los botes llenos de gente bien armada. Estos, remando junto á la orilla, hicieron una descarga de flechas con que hirieron á muchos indios, llenándolos á todos de confusion. Los españoles saltaron entonces á tierra, poniendo en fuga aquella multitud con otro disparo de flechas, y azuzándoles un perro que los persiguió con sanguinaria furia. Este es el primer ejemplo del uso de los perros contra los naturales, imitado despues con cruel efecto por los españoles en las guerras indias. Colon desembarcó despues, tomó formal posesion de la isla, y le dió el nombre de Santiago. Al puerto, por su comodidad, le llamó Puerto-Bueno: era de forma de herradura, y corría por cerca de él un rio.

En todo aquel día se mantuvieron los alrededores silenciosos y desiertos. Al siguiente, muy de mañana, se vieron seis indios en la costa, haciendo señales de amistad. Eran emisarios de los caciques, y venían á proponer paz. Los recibió con mucha cordialidad el Almirante, regalándoles juguetes para los caudillos; y algunos momentos despues ya estaba de nuevo la orilla cubierta de la desnuda y pintada multitud, trayendo abundantes provisiones de la misma especie, pero de mejor calidad que las de las otras islas.

En los tres días que permanecieron los buques en el puerto, se conservó inalterable el mas amistoso trato con los naturales, que parecían mas ingeniosos y mas osados que sus vecinos de Cuba y de Hayti. Las canoas tenían mejor construccion, y adornos entallados en las popas y en las proas. Muchas eran de grande tamaño, aunque cada una formada del tronco de un solo árbol, en general de la especie de la caoba. Colon midió una de noventa y seis pies de longitud y ocho de ancho, ahuecada de uno de aquellos magníficos árboles que se levantan como verdes torres, en medio de las ricas florestas de los trópicos. Cada cacique se esforzaba para tener una grande canoa de esta especie, que miraba como su bajel de estado. Es de notar la innata diferencia que parecía existir entre aquellas tribus insulares. Las de Puerto-Rico, aunque rodeadas de las islas y sujetas á las frecuentes invasiones de los caribes, eran de carácter pacífico, y apenas tenían canoas; mientras Jamaica, separada por la distancia del trato de las otras islas, libre, por la misma razon, de invasiones, y esmaltada por decirlo así, en medio de un apacible Mediterráneo, sobrepujaba todas las otras islas en sus armadas. Habiendo hecho provision de agua, y reparado el buque, se dió Colon á la vela, y siguió costeando hácia el Occidente, tan cerca de tierra, que iba la pequeña escuadra siempre rodeada de canoas, no hostiles, sino deseosas de cambiar cualquiera de sus cosas por dijes europeos. Habiendo navegado veinte y cuatro leguas, llegaron al extremo occidental de la isla, adonde, doblándose hácia el Sur la costa, empezó el viento á ser contrario para navegar cerca de tierra. Como no había hallado oro en Jamaica, y la brisa fuese favorable para volver á Cuba, determinó Colon hacerlo así, y no abandonar la exploracion de sus costas, hasta saber si era isla ó tierra

firme. Al último punto á que tocó en Jamaica le dió el nombre de golfo del Buen-Tiempo, por el próspero viento que le llevaba á Cuba. Al irse á dar á la vela se presentó un jóven indio en los buques, pidiendo le llevasen los españoles consigo á su tierra. Le seguían sus parientes y amigos, pidiéndole encañidamente desistiese de su propósito. Vaciló por algun tiempo entre el dolor que le causaba la angustia de su familia, y el ardiente deseo que le aguijaba de ver las mansiones natales de aquellos extranjeros que le pintaban su imaginacion como morada de celestiales delicias. La curiosidad peculiar de la ardorosa juventud venció, se arrancó de los brazos de sus amigos, y para no ver llorar á sus hermanas, se escondió en un sitio oculto del barco. Conmovido por aquella escena de afectos naturales, é interesado por el espíritu franco y emprendedor del jóven, mandó Colon que se le tratase con esmero.

Hubiera sido curioso saber algo mas de la vida de aquel jóven isleño, y de la impresion que en ánimo tan vivo debió causar á primera vista de las maravillas de la civilizacion: si igualaba el país de los blancos á sus esperanzas, ó si, como sucede generalmente á los salvajes, lamentaba en medio del esplendor de las ciudades la pérdida de sus bosques, ó si volvió al fin al seno de su familia. Los historiadores primitivos de América se han interesado muy poco en averiguar la suerte de los que primero vinieron del Nuevo-Mundo á visitar el Antiguo. No hay mas particularidades de este jóven aventurero.

CAPITULO III.

VUELTA A CUBA. — NAVEGACION POR ENTRE LAS ISLAS LLAMADAS LOS JARDINES DE LA REINA.

ZARPANDO desde el golfo del Buen-Tiempo, llegó la escuadra otra vez á la isla de Cuba, y el 18 de mayo á un grande promontorio, á que puso Colon nombre de Cabo de la Cruz, que lleva todavía. Habiendo desembarcado cerca de una poblacion grande, fue bien recibido por el cacique y sus súbditos, que hacia mucho tenían noticia de él y de los buques.

En efecto, supo Colon por la relacion de este caudillo, que los indios que habían visitado sus bajeles en el crucero que en el primer viaje verificó por la costa del Norte, habían difundido la noticia de aquellos asombrosos entes bajados del cielo, llenando la isla de asombrosos rumores. Preguntó Colon á este cacique y á las suyos si era Cuba isla ó tierra firme. Respondiéronle que era isla, pero de infinita estension, pues no conocían á nadie que hubiese visto su límite. Esta respuesta, al paso que manifestaba su ignorancia de la naturaleza de un continente, dejaba sin resolver la cuestion. El nombre indio de Cuba era Macacar.

Prosiguiendo al otro día su rumbo occidental llegó Colon á un punto en que la costa gira repentinamente al Nord-Este por muchas leguas, y dobla despues de nuevo al Occidente formando una inmensa bahía, ó por mejor decir un golfo. Allí le acometió una de aquellas violentas tempestades acompañadas de espantosos truenos y relámpagos, que en aquellas latitudes parece que desgarran los cielos. Por fortuna duró mucho la tormenta, de otra suerte la situacion de Colon hubiera sido en extremo peligrosa; pues había numerosos cayos y bancos de arena, que hacían la navegacion arriesgada.

Parecían crecer estos á medida que adelantaban los buques; hasta que el marinero de vigía alcanzó á ver que en cuanto la vista podía abarcar estaba el mar tachonado de islas. Algunas eran bajas, escuetas y arenosas; otras estaban cubiertas de verdura, y otras coronadas de frondosas arboledas. Eran de varios tamaños, de una á cuatro leguas, y tanto mas fértiles y lozanas cuanto mas cerca de Cuba. Como siendo tan

numerosas era prolijo dar un nombre á cada una, llamó el Almirante á aquellos laberintos de islas, que esmaltaban el Océano, los Jardines de la Reina. Pensó al principio dejar este archipiélago á la derecha, y salir mas al mar; pero se acordó de que Sir John Mandeville y Marco Polo habían dicho que la costa del Asia estaba guarnecida de muchos millares de islas. Creyó por lo tanto, que se hallaba entre ellas, y resolvió no perder de vista el continente persuadido de que siguiéndolo si verdaderamente estaba en el Asia, pronto llegaría á los dominios del gran Khan.

No tardó Colon en verse empeñado por medio de aquellas islas en la mas difícil navegacion, y espuesto á continuos peligros y obstáculos por los bancos de arena los bajos y las contracorrientes. Tenían los buques que tantean en cierto modo el camino, llevando marineros en los mástiles y haciendo uso continuo de la sonda. Ya seguían y variaban en una hora todos los rumbos de la brújula; ya se veían encerrados en un canal angosto donde, para no varar, tenían que ir á remolque; á pesar de todas las precauciones, tocaron en muchos bancos de arena, y costó no poca dificultad salir de ellos. Las variaciones del tiempo aumentaban la dificultad de la navegacion; aunque despues de algunos días empezó á seguir algun método si así puede decirse en sus mismos caprichos. Por la mañana se levantaba el viento con el sol en el Oriente; y siguiendo todo el día se desvanecía por la noche en el Occidente. Enormes y recargadas nubes se agrupaban al oscurecer, despidiendo raudales de relámpagos y retumbantes truenos; pero al salir la luna se desvanecían todos aquellos amagos de tempestad en recios aguaceros al soplo de la brisa de tierra que se levantaba entonces.

El carácter mismo del paisaje acababa de confirmar á Colon en la idea de que aquellos grupos de islas formaban parte del archipiélago asiático. En la magnificencia de su vegetacion, en la fragancia que sus aromáticas yerbas, flores y arbustos despedían, y en el espléndido plumaje de las cigüeñas, flamencos y otras aves de los trópicos que volaban por las arboledas y recorrían las marismas veía reproducirse las mas brillantes descripciones de los climas orientales.

Todas las islas estaban por lo general desiertas. Pero en una de las mayores donde desembarcaron el 22 de mayo hallaron una poblacion considerable. Las casas estaban abandonadas por sus habitantes, cuya subsistencia parecía depender principalmente del mar. Se hallaron grandes depósitos de pescado en las habitaciones; y las playas cercanas estaban cubiertas de conchas de tortuga. También había loros domésticos, cigüeñas de color de escarlata y numerosos perros mudos, que se supo despues los engordaban para que les sirvieran de alimento. Esta isla fue designada por el Almirante con el nombre de Santa María.

En su viaje por entre las islas vió Colon un día muchos indios en la pacífica superficie de uno de los canales, ocupados en pescar de un modo extraordinario. Tenían un pececillo, cuya cabeza chata estaba armada de muchas trompas ó chupadores, con los que se adhería, tan firmemente á cualquier objeto, que mas fácil era hacerla pedazos que conseguir que abandonase la presa. Atando una cuerda muy larga á la cola de este pez, le dejaban los indios nadar á su gusto, se mantenía generalmente cerca de la superficie del agua, hasta percibir su presa, y arrojándose rápidamente á ella, se pegaba con las trompas al cuello del pescado ó á la concha inferior de la tortuga, y no la abandonaba hasta que el pescador sacaba á los dos fuera del agua. Así vieron coger los españoles una voluminosa tortuga, y Fernando Colon asegura que vió el mismo pescar así un tiburón en la costa de Veragua. Han corroborado este hecho varios navegantes; y se dice que el mismo modo de pescar se emplea en la costa oriental del Africa, en Mozambique y en Ma-

dagascar. Así se observa que varios pueblos salvajes, que probablemente no han tenido la menor comunicacion entre sí, se valen sin embargo de los mismos medios para imperar sobre los animales. Los pescadores pasaron á bordo de los buques con franqueza é impavidez. Proveyeron de pescado á los españoles; y les hubieran dado con gusto cuanto poseían. A las preguntas del Almirante respecto á la topografía del país contestaron que la mar estaba poblada de islas hácia el Sur y el Occidente: pero que Cuba continuaba estendiéndose sin límites al Occidente.

Habiendo salido al fin de este archipiélago, se dirigió Colon hácia un distrito montañoso de la isla de Cuba, que distaría de allí catorce leguas, donde desembarcó en una poblacion grande el 3 de junio. Fue recibido con bondad hospitalaria que distinguía á los habitantes de Cuba, los mas afables y apacibles de todos los isleños. Hasta sus animales, dice Colon, eran mas mansos, y tambien mejores y de mas tamaño que los de las otras islas. Entre los varios comestibles que se apresuraban los indios en traer de los contornos para los españoles, había palomas muy sabrosas. Percibiendo su sabor especial, mandó Colon que abriesen los buches de algunas que se acababan de coger, en los que se hallaron ricas especias, indicacion favorable de las producciones del país.

Mientras los marineros se procuraban agua y provisiones hizo Colon algunas preguntas al venerable cacique y otros ancianos del pueblo. Le enteraron de que el nombre de su provincia era Ornofoy; que mas allá, hácia el Occidente, estaba la mar cubierta tambien de innumerables islas, y tenía poco fondo. Con respecto á Cuba nadie había oído decir que tuviese lindes y término hácia el Occidente. Cuarenta lunas no bastarian para llegar á su extremidad; en efecto, la consideraban inacabable. Dijeron, empero, que recibiría el Almirante mas amplios informes de los habitantes de Mangon, provincia adyacente occidental. La penetracion del Almirante le hizo observar desde luego la semejanza de aquel nombre con el de Mangui, provincia la mas rica que tenía el gran Khan en las costas del Océano. Preguntó otras particularidades acerca de las regiones de Mangon, y entendió que decían los indios, que sus habitantes tenían colas como los animales, y llevaban vestidos para ocultarlas. Se acordó entonces de que Sir John Mandeville, en su descripcion de las partes mas remotas del Oriente, contaba una anécdota de la misma especie, corriente entre ciertas tribus desnudas del Asia, que la relataban poniendo en ridículo los trajes de sus civilizados vecinos, que solo podían creer útiles para ocultar faltas personales. Así se confirmó mas y mas en la idea de que siguiendo la costa hácia el Occidente, llegaría á los países ilustrados del Asia. Se lisonjeaba con la esperanza de hallar en Mangon las ricas provincias de Mangui, y en sus gentes con colas y vestidos las de las ropas talares del imperio tártaro.

CAPITULO IV.

COSTEO DEL SUR DE CUBA.

(1494.)

ANIMADO por las mas gratas ilusiones, siguió Colon el viaje con próspero viento por el supuesto continente del Asia. Se hallaba en aquella parte del Sur de Cuba, donde por espacio de casi treinta y cinco leguas está la navegacion libre de islas y bancos. A la izquierda tenía los anchos mares, cuyo azul oscuro daba pruebas de inmensa profundidad; á la derecha se extendían las selváticas provincias de Ornofoy, levantándose tanto como las montañas del interior, y las verdes costas regadas por innumerables corrientes, y esmaltadas de lugares indios. La vista de los bajeles llenó las playas de admiracion y de alegría. Saludaron los naturales con aclamaciones el arribo de

aquellos hombres prodigiosos, cuya fama había circulado por toda la isla, como si fuesen bajados del cielo. Venían nadando ó en sus canoas á ofrecer los frutos ó producciones de la tierra, y miraban á los blancos casi con adoración. Después de la lluvia de la tarde, al levantarse la brisa de tierra cargada de fragancia, traía también hasta los bajeles los distantes cantares de los indios y el son de su ruda música, mientras celebraban con himnos y bailes nacionales la llegada de los blancos. Tan deliciosos le eran aquellos sonidos y olores á Colon, dispuesto, como lo estaba entonces á todas las influencias agradables, que dice, que se le pasó la noche como una hora.

Es imposible prescindir de los extraños contrastes que se presentan á veces á la consideración humana. La costa aquí descrita tan poblada y contenta, regocijándose por la visita de los descubridores, es la que se estiende al Occidente de la Trinidad por el golfo de Jagua. Toda está ahora silenciosa y desierta la civilización que ha cubierto algunos sitios de Cuba de brillantes ciudades, la ha reducido á la más triste soledad. La raza toda de los indios hace ya mucho que pereció bajo el dominio de los extranjeros que tan gozosos recibía en sus playas. Tengo delante la narración de una noche recientemente pasada en aquella misma costa por un célebre viajero; pero, ¿con cuán diversos sentimientos de los de Colon! «Pasé, dice, gran parte de la noche sobre cubierta. ¡Qué costas tan solitarias! ¡Ni una luz que anunciase la choza de un pescador! De Bartabano á la Trinidad, en cincuenta leguas de distancia, no existe siquiera ni una sola población. En los tiempos de Colon estaba habitada esta tierra hasta las mismas orillas del mar. Cuando se hacen escavaciones, ó abren los torrentes la superficie de la tierra, se encuentran con frecuencia hachas de piedra y vasos de cobre, reliquias de los antiguos isleños.»

Casi dos días enteros siguieron los buques aquella costa atravesando el ancho golfo de Jagua. Al fin llegaron donde súbitamente se emblanquece la mar como la leche, enturbiándose al mismo tiempo, cual si se hubiese mezclado harina con el agua. Son causa de este fenómeno las arenas finas ó partículas calizas que levantan del fondo á ciertas distancias las hondas y las corrientes. Se alarmaron mucho los marineros, y más aun al verse rodeados de bancos y cayos y con muy poca agua. Mientras más lejos iban, más peligrosa se hacía su situación. Se hallaban en un canal tan estrecho que apenas les permitía virar, sin agarradero para las anclas, combatidos violentamente por los vientos y en peligro inminente de encallar. Al fin llegaron á una pequeña isla, donde había un mediano surgidero. Allí pasaron la noche en muy grande angustia, muchos opinaban que se abandonase la empresa pensando que podían creerse afortunados si conseguían volver al punto de donde salieron. Colon, empero, no quiso retroceder creyéndose próximo á hacer un brillante descubrimiento. A la mañana siguiente mandó á la carabela más pequeña, que explorase aquel nuevo laberinto de islas, penetrando hasta tierra firme en busca de agua, de que tanto carecían los buques. La carabela volvió con el informe de que los canales y cayos de aquel grupo eran tan numerosos é intrincados como los de los Jardines de la Reina, que la tierra firme estaba circundada de profundas lagunas y cenagosas costas, en que crecían los árboles dentro del agua, en tal abundancia que formaban una impenetrable barrera; que por dentro parecía la tierra fértil y montañosa; y las columnas de humo que se levantaban por varias partes, daban señales de numerosa población. Se aventuró Colon entonces á penetrar en aquel pequeño archipiélago guiado por la carabela; abriéndose camino con mucha precaución, trabajo y peligro, entre los angostos canales que separaban las islas, bancos y barras en que varó repetidas veces. Al

fin llegó á una punta baja de Cuba, á la que llamó la punta del Serafín, dentro de la cual giraba la costa tanto al Oriente y formaba una bahía tan vasta que no se distinguía su fondo. Hacia el Norte se veían lejanas montañas, y al Sur y Occidente algunas islas, estando claro y abierto todo el espacio intermedio; descripción que se asemeja á la de la grande bahía de Bartabano. Colon puso la proa hacia las montañas con buen viento y tres brazas de agua, y al otro día ancló en la costa cerca de un bosque de palmas.

Salieron algunos hombres á tierra por leña y agua, y hallaron un rico manantial entre las palmas. Mientras se empleaban en cortar leña y llenar sus toneles, entró un balletero con sus armas en la floresta en busca de caza; pero pronto retrocedió con terror pidiendo ayuda á sus compañeros. Les dijo que apenas se había separado de ellos algunos pasos, cuando divisó repentinamente por en medio de la abertura del bosque un hombre vestido de largas y blancas ropas tálares, tan parecido á un fraile mercenario, que á primera vista creyó que fuese el capellán del Almirante. Le seguían otros dos con túnicas blancas que les llegaban á la rodilla; y todos tres eran blancos como los europeos. Detrás de estos venían hasta treinta ó más, armados de clavos y lanzas. No manifestaron hostilidad aunque se detuvieron, y el hombre del largo vestido blanco se adelantó solo para hablarle; pero á él le espantó tanto el número de los aparecidos, que huyó como queda dicho. Toda la partida se apresuró á volver á los buques. Cuando oyó Colon este suceso, recibió grandísimo gozo, creyendo que serían aquellos los vestidos habitantes de Mangon, de quien recientemente le habían hablado, y que al fin se iba ya aproximando á los confines de los países civilizados, si acaso no estaba ya en los mismos lindes de la rica provincia de Mangui. Al otro día mandó una partida bien armada á tierra, para que buscase aquella gente vestida de blanco, penetrando por ello si preciso fuese hasta cuarenta leguas al interior, ó hasta hallar algunos de los habitantes; porque creía que las regiones más pobladas y cultas podrían hallarse lejos de la mar, y existir las mejores ciudades más allá de las montañas y bosques de la costa. Penetró la partida por los bosques de espesas florestas que guarnecían las playas, y entró en una verde llanura, cubierta de yerba tan alta como el trigo, y sin vereda ni camino alguno. Allí se encontraron tan fatigados en su marcha por las yerbas y zarzas que se la obstruían, que tuvieron que abandonar su intento antes de penetrar á una milla de distancia, volviendo á bordo cansados y sin fruto. Llamañana próxima salió otra partida por camino diverso. No habían ido muy lejos, cuando descubrieron las huellas de algún grande animal con garras, que unos suponían de león, y otros de grifo, pero que serían probablemente de los caimanes de que abundan aquellas cercanías. Desanimados á la vista de estas señales, se apresuraron á volver á la orilla del mar. En su camino pasaron por un valle en que había grandes bandadas de cigüeñas de doble volumen que las de Europa. Muchos árboles y arbustos despedían aquellos olores aromáticos que engañaban de continuo á los europeos con la esperanza de encontrar especias orientales. También había parras que trepaban á las cimas de los árboles más altos, ocultándolos con su follaje, y enredándose de ramo en ramo con poderosos racimos de jugosas uvas. Volvió esta partida á los buques con tan mal éxito como la otra, diciendo que era el país salvaje é impenetrable, aunque estremadamente fértil. Como prueba de su abundancia trajeron algunos racimos de uvas silvestres, que Colon envió después á los soberanos con muestra del agua del mar blanco por donde había pasado.

Como jamás se llegaron á descubrir en Cuba tribu ninguna que llevasen vestidos, es probable que el cuento de los hombres blancos tuvo su origen en al-

gun error del balletero, que penetrado de la idea de los misteriosos habitantes de Mangon podía haberse sobresaltado en su solitario paseo por las florestas, á vista de una de las manadas de cigüeñas que abundaban en ella. Estas aves, como los flamencos, comen juntas, colocándose una de ellas de centinela á cierta distancia. Cuando se ven por las aberturas de los bosques, formadas en línea en un prado, parecen á primera vista figuras humanas. Ello es que el dicho del balletero hizo una profunda impresión en el ánimo de Colon, que estaba predispuesto á creer todo lo que favorecía la idea de hallarse cerca de países civilizados. Después de explorar la bahía hacia el Oriente, y de cerciorarse de que no era un brazo de mar, continuó al Occidente, y á las nueve leguas de navegación llegó á una costa habitada, donde habló con muchos de los naturales, estaban en cueros como de ordinario, lo que atribuyó Colon á la casualidad de ser meros pescadores, habitantes de una costa salvaje; pues presumía que las regiones civilizadas estuviesen hacia el interior. Como su intérprete lucayo no entendía el idioma, ó más bien el dialecto de aquella parte de Cuba, todos los informes que pudo obtener de los naturales eran necesariamente erróneos, como comunicados por signos y gesticulaciones inexactas. Deslumbrado con sus hipótesis favoritas, creyó oírles decir que en las montañas que se veían lejos al occidente, había un rey poderoso que mandaba muchas y muy pobladas provincias; que llevaba hábitos blancos tan largos que le arrastraban por el suelo; que le llamaban santo; que jamás hablaba, comunicando las órdenes por signos que eran obedecidos implícitamente por sus súbditos. En todo esto vemos la obcecada imaginación del Almirante interpretando las cosas según sus ideas de antemano concebidas. Las Casas asegura que jamás hubo cacique alguno vestido en la isla. Quizá este rey de santo título no era más que el reflejo de una imagen viva en el ánimo de Colon, representativa del misterioso potentado conocido por el Preste Juan, personaje fantástico de las narraciones de los viajeros orientales que nos le presentan ya como soberano, ya como sacerdote; siendo su imperio y corte objeto constante de dudas y contradicciones, y en los últimos tiempos de curiosa investigación.

Las noticias tomadas de aquella gente respecto á la costa occidental fueron del todo vagas. Decían que eran por lo menos necesarios veinte días para cruzarla, ignorando si tenía fin. Parecían poco instruidos de cuanto no estaba cerca de ellos. Tomando consigo, en calidad de guía, á un indio de este lugar, salió Colon para las distantes montañas indicadas, esperando que serían los confines de tierras más cultas. No hubo navegado mucho cuando se vió otra vez envuelto en los ordinarios peligros de cayos, canales y bancos. Los buques removían frecuentemente la arena y cal del fondo; otras veces se veían encajonados en estrechos canales, de donde tenían que sacarlos tirando de ellos con los cabestantes. En una ocasión llegaron donde el mar estaba cubierto de tortugas; en otra oscurecieron el sol inmensas bandadas de corbejones y palomas silvestres, y otro día se llenó el aire de nubes de lucientes mariposas, que disipó luego la lluvia de la tarde.

Quando se acercaron á las regiones montañosas, vieron que estaban rodeadas de pantanos y terrenos anegados, y amuralladas por tan espesos bosques, que era imposible penetrar en su interior. Buscaron por muchos días agua dulce, de que carecían, y la descubrieron al fin en el centro de un palmar. Había cerca de ella conchas de nácar ó madreperla, de donde infirió Colon que podrían pescarse allí perlas con abundancia. Aunque separados de la comunicación de las regiones interiores por las selvas y pantanos que las circunvalaban, observaron que estaba el país bas-

tante poblado. Ascendían columnas de humo de varias partes, aumentándose tanto su número á medida que los buques se aproximaban, que al fin salían ya de todas las rocas y bosques altos. No podían los españoles determinar si era aquel humo procedente de villas y ciudades, ó bien señales para alarmar á las gentes de las cercanías, como se acostumbraba hacer en las costas de Europa al descubrirse fuerzas enemigas.

Por muchos días estuvo Colon explorando aquella desierta y difícil costa, cuyos intrincados canales rara vez reciben hoy otras visitas que las de la solitaria barca del contrabandista. Continuando su navegación vió que la costa se volvía hacia el Sud-Oeste, del mismo modo que describe Marco Polo las costas remotas del Asia. Entonces se convenció del todo de que estaba en aquella parte del continente asiático; mas allá de los límites del antiguo mundo, según le describe Ptolomeo. Pensaba que continuando su rumbo llegaría seguramente al punto en que terminan aquellas costas con el Aureo Quersoneso de los antiguos.

La ardiente fantasía de Colon iba siempre descubierta, sugiriéndole espléndidas empresas. Combinando aquellas conjeturas con la escasa y vacilante luz de la geografía de entonces, concibió volver á España triunfante por un nuevo camino. Doblado el Aureo Quersoneso, entraría en los mares que los antiguos frecuentaban, y á que servían de límites las naciones orientales. Extendiéndose por en medio del Ganjes, podía pasar por Trapobana, continuar por el estrecho de Babelmandel, y llegar á las playas del mar Rojo. De allí iría por tierra á Jerusalem, se embarcaría en Jope, y atravesaría el Mediterráneo para volver á España. O si hiciesen las tribus salvajes demasiado peligroso el camino de Etiopía á Jerusalem, ó no quisiese desamparar sus buques, podía navegar alrededor de todo el continente africano, pasar en triunfo por junto á los portugueses, que encontraría á mitad de su lento camino por las playas de Guinea, y habiendo así circunnavegado el globo, recoger sus audaces velas en las columnas de Hércules, *ne plus ultra* del Antiguo-Mundo. Tales eran los sueños de oro de Colon, según los recuerda uno de sus íntimos asociados; ni debe extrañarse su ignorancia de la verdadera magnitud del globo. La medida mecánica de un arco nos ha hecho familiar su circunferencia; pero en su tiempo era todavía un problema no resuelto para los más profundos filósofos.

CAPITULO V.

VUELTA DE COLON POR LA COSTA DEL SUR DE CUBA.

(1494.)

La opinión de Colon de que iba costeando el continente del Asia y acercándose á los confines de la civilización oriental, era también la de todos sus compañeros de viaje, entre quienes había muchos navegantes de habilidad y experiencia quienes sin embargo estaban muy lejos de participar de su entusiasmo. No esperaban reportar gloria del buen éxito de la empresa y temblaban al contemplar sus peligros y dificultades cada vez mayores. Los buques estaban averiados por la dura navegación que habían hecho, y tenían muy menoscabados los cables y toda la jarcia; iban escaseando los víveres, y el agua del mar había destruido también gran parte de la galleta. Las tripulaciones estaban rendidas del incesante trabajo, y desanimadas al ver que la mar que tenían delante continuaba manifestando un mero desierto de islas. Así pidieron que no se continuase el viaje. Ya habían seguido la costa lo bastante para cerciorarse de que era de un continente; y aunque no dudaban que hubiese regiones civilizadas por el camino que seguían, podrían acabarse las provisiones, y perecer los bajeles antes que llegasen á ellas.